

## Homilía

### Commemoración de los Santos Mártires Coreanos

20 de septiembre de 2020  
Iglesia de los Santos Mártires Coreanos

✠ Card. Mario A. Poli  
Arzobispo de Buenos Aires

*Lecturas: Is 55,6-9; Salmo 144; Flp 1,20-27; Mt 20,1-16*

Para celebrar con la Iglesia universal la memoria del martirio de los misioneros laicos Santos Andrés Kim Taegon, Pablo Chong Hasang y sus compañeros mártires, viene en nuestra ayuda la Palabra de Dios que hemos proclamado. La Iglesia Católica cuenta en su martirologio moderno con 103 Santos y 124 Beatos Mártires Coreanos, y ellos son el principal motivo para elevar una fervorosa acción de gracias por el don del martirio, con el que Dios abrió las puertas del Reino en Corea.



El Card. Mario A. Poli junto a Mons. Han Lim Moon, obispo auxiliar de San Martín, el Capellán de la comunidad coreana Wan Song Kwon Juan, el Pbro. Emiliano Hong, del Opus Dei y el padre Ramón Bak, iniciando la procesión para la misa.

La profecía de la primera lectura nos muestra a un Dios que no le interesa la muerte del pecador sino que se convierta y viva. Por eso llama una y otra vez a la puerta de los pecadores, para que se arrepientan y aprovechen la cercanía de su compasión, porque Él es generoso en perdonar. Su perdón no tiene límites ni hace cálculos como nosotros, y su modo de proceder nada tiene que ver con nuestra manera de pensar y de conducirnos por la vida: «Los pensamientos de ustedes no son los míos, ni los caminos de ustedes son mis caminos» (Is 55,8).

Esta frase del profeta Isaías fue elegida para justificar el comportamiento de la parábola que acabamos de escuchar en el Evangelio de San Mateo. Dar al último como al pri-

mero es un criterio extraño: hoy lo consideramos irracional e injusto. ¿A qué dueño de una fábrica se le ocurre igualar los jornales de obreros que trabajan hace 40 años como al que recién comienza? Pero ya vimos que Dios tiene otros criterios. En los Evangelios, Jesús es criticado porque ofrece la salvación a los pecadores, a los últimos. Su mensaje afecta a aquellos «murmuradores» que se escandalizan por la apertura del Reino de Dios a los paganos, a los humildes y a los pequeños, a los que no cuentan.



En la enseñanza de esta parábola subyace la preocupación de la Iglesia naciente, cuando los apóstoles enviados por Jesús anunciaron el Evangelio a nuevos pueblos y culturas fuera de Israel. Por su parte, la Iglesia Madre de Jerusalén consideraba al cristianismo como un patrimonio nacional, y veía como una injusticia la igualdad de los paganos que se iban convirtiendo a la fe. La parábola toca muy de cerca a sus oyentes, porque Jesús envía a sus discípulos a todos los pueblos de la tierra, levantando las barreras de los prejuicios y la discriminación. Pensar que los últimos paganos en recibir la fe tenían que ser considerados tan dignos como los hijos de las promesas era un escándalo para los judíos convertidos. En el corazón de Jesús, en cambio, todos son iguales, judíos y paganos, justos y pecadores, y por lo tanto, la Iglesia de la Nueva Alianza basada en la gracia y el perdón, estará abierta a todos los hombres: «Ya no hay judío ni griego –afirma San Pablo–; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos ustedes son uno en Cristo Jesús» (Ga 3,28).

Esta enseñanza del Maestro permitió comprender a los apóstoles que el Evangelio no tiene fronteras, ya que la Iglesia amplió el horizonte de la misión a numerosos pueblos y culturas; y fue así que llegó a Corea a fines del siglo XVIII, y recibió el bautismo de sangre cuando un puñado de misioneros laicos, fieles a la enseñanza de Jesús, dieron testimonio de su Evangelio: «No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma» (Mt 10,28). Ellos no dudaron en ofrecer sus vidas para que una multitud pueda conocer, amar y servir al Señor. Los santos Andrés, Pablo y compañeros y la legión de beatos mártires fueron semillas de trigo, que al caer en tierra dieron mucho fruto. Quienes creyeron darle muerte, en realidad le dieron vida para siempre, porque ellos están en Dios para toda la eternidad.



Mons. Poli y Mons. Moon, junto a las hermanas de las Pequeñas Siervas de la Sagrada Familia de Seúl

Jesús hoy nos enseña que la salvación no es una recompensa en base a un contrato, ni siquiera la merecemos por nuestras obras o méritos; es, sobre todo, una iniciativa divina de su bondad, donde la misericordia preside a la justicia y la pertenencia al Reino es un don gratuito, incondicional e inmerecido. Nunca vamos a poder comprender y valorar debidamente la inmensa bondad de Dios, tan lejana y distinta a la virtud humana, tanto «como el cielo se alza por encima de la tierra» (Is 55,9).

El Papa Francisco, siguiendo esta lógica evangélica, enseña que la Eucaristía, «no es un premio para los perfectos, sino un generoso remedio y un alimento para los débiles» (EG 47). El mismo Jesús nos ha revelado a un Padre Dios que «hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45), como otro gesto de su infinita misericordia. Por eso, cuando nos creemos superiores a otros, recordemos que el Señor no hace acepción de personas, y a todos nos trata con la misma caridad. Él, que es manso y humilde de corazón, nos pregunta: «¿Por qué tomas a mal que yo sea bueno?».

Durante cincuenta años, esta parroquia congregó a la comunidad coreana católica en torno a la Palabra y a la Eucaristía; y así como estos alimentos dieron fortaleza y consuelo a los mártires para aceptar el supremo testimonio de la fe, todos los bautizados tenemos que acercarnos alegres a esta fuente de salvación.

Esta Misa es también una acción de gracias por la presencia de las dos hermanas Clemens y Moisés, de las Pequeñas Siervas de la Sagrada Familia de Seúl, las que han acompañado durante muchos años la pastoral de esta comunidad. Seguramente las extrañaremos, pero comprendemos que serán destinadas a otra misión, y hoy queremos decirles que dejan una siembra abundante: muchas semillas evangélicas en niños, jóvenes y adultos, de las que seguramente otros recogerán sus frutos; y aunque el que da el crecimiento es Cristo, siempre recordaremos su silenciosa entrega, dejándonos gran parte de su juventud. El mismo Jesús será quien las recompense y las protegerá en el nuevo camino.

Ustedes dejaron las buenas obras de su testimonio y se llevan nuestra gratitud y nuestras oraciones, para que Dios las bendiga, consuele y fortalezca en el nuevo destino que les depara la Iglesia. ¡Muchas gracias!



Mons. Poli y Mons. Moon junto a los sacerdotes, las hermanas y -a la derecha- el Sr. Pedro Ryu, jefe del Consejo Pastoral de la comunidad.